

autoridad superior á quien rindiesen parias y homenaje. Los Pontífices de Roma aún no habían proclamado su derecho á la Monarquía universal; sus Vicarios aún no se habían derramado por el mundo, y ni aun los metropolitanos existían. Los Obispos procedían del pueblo, porque su elección era popular; gobernaban por medio del pueblo, porque gobernaban por medio de los Concilios, y gobernaban por el pueblo, porque se ocuparon siempre en mantener viva su fe, intactas sus costumbres y puras sus creencias.

Tal era el estado de la nación española cuando el Imperio de los Césares, sostenido sólo, mucho tiempo había, por su volumen y su nombre, se desplomó abrumado por el grave peso de cien invasiones simultáneas. Luego que los bárbaros del Norte salvaron las frágiles barreras que los imbéciles señores de un Imperio caduco opusieron á sus ímpetus, sus indisciplinadas hordas se derramaron por las maravillosas regiones que habían visto pasar delante de sí como imágenes místicas y voluptuosas en sus sueños, y tomaron posesión en desordenado tumulto del magnífico edén que la civilización les abandonaba en despojos como su tierra prometida.

La imaginación de los hombres de la presente edad, que no es bastante poderosa para abarcar en idea aquel inmenso naufragio de todas las sociedades, aquel violento trastorno de todas las instituciones, aquella profunda conmoción de todos los intereses, no es bastante poderosa tampoco para pintar en nuestros días la profundísima tristeza que hubo de apoderarse del mundo, y el prolongado y doloroso gemido que debió desprenderse de las entrañas de los pueblos. Pero si nuestra imaginación no puede abarcar este cuadro espantoso de todas las miserias humanas, nuestra razón puede concebir y concibe que en aquellos días, para la humanidad de llanto y amargura, debió fortificarse el sentimiento religioso en el corazón de las naciones. El desgraciado necesita de la fe porque está necesitado de esperanza, y la fe es la única esperanza en el extremo infortunio. ¿Qué fuera del triste naufragio si no tuviera delante

de sí la inmensidad de los cielos, teniendo delante de sí la inmensidad de los abismos?

El infortunio, que fué efecto de la invasión, fué causa del gigantesco desarrollo que alcanzó el principio religioso, y con él la Iglesia, que le representaba, en todos los países que eran antes provincias del Imperio de Occidente. Pero debiendo limitar mis observaciones por ahora á la influencia ejercida por esta catástrofe en España, me contentaré con decir que, habiendo desaparecido en ella la administración vigorosa, por medio de la cual tenían los Emperadores amarrado el mundo al Capitolio, sólo quedaron en pie las Instituciones municipales, olvidadas del duro vencedor sin duda por humildes y pequeñas. Estas instituciones fueron el arca santa en donde se refugió el principio social desalojado violentamente de la capital del mundo, desde donde dilataba hasta los remates del Imperio la animación y la vida. Roma, al expirar, nos dejó en legado la Curia, y la Curia, no pudiendo desarrollarse y crecer con el amparo de los Césares, se desarrolló y creció con el amparo de los Obispos; no pudiendo ser protegida por el escudo de Roma, fué protegida por el escudo de la Iglesia.

Dedúcese de aquí que España, en aquellos tiempos, experimentó una revolución absoluta. Antes de la invasión, el principio social se desarrollaba paralelamente con el principio religioso; las instituciones Imperiales con las instituciones eclesiásticas; la autoridad de los decenviros, la de los ediles y la de los Vicarios, con la autoridad de los Obispos. Después de la desmembración del Imperio, el principio religioso absorbió al principio social; las instituciones eclesiásticas absorbieron á las instituciones Imperiales; la autoridad de los Obispos absorbió la autoridad de los Magistrados civiles; la Iglesia absorbió completamente al Estado ¹.

Jamás ha existido en el mundo una autoridad más legítima que la que ejerció la Iglesia en aquellos tiempos azarosos. Ella

¹ Excusado parece advertir que en ninguno de estos juicios hay exactitud ninguna. — NOTA DE ESTA EDICIÓN.

debe ser legítima para los que buscan en la sanción religiosa la fuente de la legitimidad de las instituciones humanas; debe ser legítima á los ojos de los que conceden la legitimidad al Poder que salva á las sociedades, cualquiera que sea su procedencia, cualquiera que sea su origen, porque la Iglesia fué para el hombre un asilo en la desgracia, y para la sociedad un abrigo en la tormenta y un puerto en el naufragio; debe ser legítima, en fin, para los que buscan el origen de la legitimidad en la aclamación tumultuosa de los comicios populares; porque no fué la Iglesia la que ensanchó sus muros para apriar en ellos á la ciudad política, sino que, por el contrario, la ciudad política fué la que venció sus puertas en el día del infortunio, la que convirtió al altar en Trono y en Príncipe al sacerdote.

Constituída así la sociedad española; los bárbaros del Norte se precipitaron á fines del siglo IV en su seno. Los suevos, conducidos por Hermerico, se apoderaron de Galicia y de una gran parte de León y de Castilla; los alanos, conducidos por Atacio, se derramaron por la Lusitania, y los vándalos, guiados por Gunderico, se apoderaron de la Bética. Aún no habían tomado quieta y pacífica posesión de sus nuevos dominios estos bárbaros conquistadores, cuando un nuevo pueblo más numeroso, y aunque menos bárbaro más aguerrido, se precipitó como un torrente sobre los conquistadores y sobre los conquistados. Este pueblo fué el de los godos, guiados por Ataulfo, á quien el imbécil Honorio, para que le dejase respirar algunos momentos en el jardín de la Italia, había cedido las provincias de la Galia meridional y de la península ibérica. No es de mi propósito hablar aquí de los vándalos, que, agitados por la fiebre de efimeros establecimientos y de pasajeras conquistas, atravesaron nuestro suelo como una terrífica aparición, para entregarse después en leños endeble á la inestabilidad de las ondas y probar fortuna en las playas africanas. Tampoco hablaré de los alanos, que, vencidos por los godos, fueron á perderse en las filas de los suevos; ni de los suevos, en fin, que,

confinados en las ásperas montañas que sirvieron de límite y de teatro á su dominación primitiva, lejos de ejercer sobre los naturales un influjo permanente, se dejaron absorber por el pueblo conquistado, y convertidos á mediados del siglo VI á sus doctrinas ortodoxas, recibieron el yugo de sus costumbres y creencias. Mi atención se fijará exclusivamente en la fisonomía del pueblo godo, que asentó sobre la nación española su quieta dominación y su pacífico señorío, vencedor de los Imperiales y de todas estas razas bárbaras, cuyas tiendas flotantes y movibles se plegaban y despleaban, sin reposarse jamás, al capricho de los vientos.

No es propio de esta Revista, aunque para mi propósito fuera quizá conveniente, entrar en una investigación profunda sobre la tierra que fué cuna de los godos, á quienes unos hacen originarios del Asia y otros originarios de las regiones occidentales del continente europeo. Me bastará por ahora indicar aquí la necesidad, para los historiadores que aspiren á ser filósofos, de dirigir cuidadosamente su atención hacia los diversos tipos de las diferentes razas de hombres, siguiéndolas en sus emigraciones primitivas. Este estudio debe ser fecundo en resultados si se atiende á que de la fusión de esos tipos y de la confusión de esas razas han nacido las sociedades modernas, y á que en las profundidades de su existencia interior se conservan siempre instintos vagos y confusos recuerdos que no pueden explicarse sino por la organización intelectual de las razas á que han debido su origen, y que no siendo explicados, quedan también sin explicación graves trastornos, grandes mudanzas y profundas alteraciones sociales.

Cuando los godos se pusieron en contacto con el Imperio, ocupaban las riberas del Danubio. Sus Reyes (porque los godos obedecieron siempre á Reyes) eran como los de todos los pueblos bárbaros: impotentes en la paz y absolutos en la guerra; su religión era una religión de sangre, como la de los escandinavos, con quienes tenían, si no comunidad de origen, vínculo de parentesco. La divinidad que adoraban era la di-

vinidad aterradora, cuyas colosales proporciones divisaban los escandinavos en sus peligrosas correrías al través de las brumas eternas de sus mares. Más relacionados con el Imperio romano que las demás naciones bárbaras, no sólo fueron los primeros que se familiarizaron con las artes de la civilización, sino que también fueron los primeros en doblar su no domada cerviz ante el blando yugo del cristianismo, que debía convertir su ferocidad en mansedumbre, como la civilización romana debía convertir en pompa fastuosa y refinada su antigua sencillez y su primitiva rudeza.

Es probable que la luz del cristianismo comenzara á difundirse en las regiones que ellos habitaban desde que, habiendo ocupado Constantino el Trono de los Césares, se hizo soldado de la Cruz, y militó bajo tan glorioso estandarte contra las antiguas creencias en nombre del Evangelio. La Historia no nos refiere si la nueva Religión, que lo era de paz y de concordia, pudo inocularse ó no fácilmente en el tumultuoso campamento de los godos, á pesar de su religión antigua, que consagraba la venganza como un deber y divinizaba á las pasiones en tumulto. Lo más conforme á las probabilidades históricas es que, al inocularse en el seno de aquella sociedad bárbara, conquistadora y grosera, el germen de una Religión pacífica, espiritualista y clemente, se produjesen grandes conflictos, envenenadas discordias y apasionados rencores, que debieron pasar sin ser percibidos del mundo, porque el mundo era Roma; y Roma, ciega para mirar las revoluciones interiores de los pueblos que habían de escupir sobre su manto de púrpura y humillar en el polvo su corona, sólo tenía ojos para mirarse á sí misma, devorando su ya gastada existencia en locos devaneos y en fastuosas liviandades. Sea de esto lo que quiera, es un punto histórico averiguado que el Emperador Valente les envió misioneros y que se convirtieron á la fe sin resistencia, adoptando el arrianismo, que era á la sazón la secta dominante.

Los godos, pues, al descender por las vertientes meridionales de los Pirineos para tomar posesión de la magnífica joya

que les había sido cedida, se encontraron en esta posición con respecto á la península ibérica. El primero entre los pueblos bárbaros que había abrazado el cristianismo, tomaba posesión de uno de los primeros entre los pueblos civilizados que se había inflamado con su lumbre. El primero entre los pueblos bárbaros que se había puesto en contacto con la civilización romana, y el único en cuya fisonomía podían divisarse entre sombras sus reflejos, tomaba posesión de una provincia de Roma. En esto consistía su semejanza: véase ahora en lo que consistía su diferencia. El primero entre los pueblos bárbaros que había abrazado el arrianismo, tomaba posesión de un pueblo que había hollado con su planta todas las herejías; el primero entre todos los pueblos bárbaros que mostró una pasión frenética por las pompas Imperiales, el primero que aspiró á centralizar el Poder y á restaurar en su raza la Monarquía fastuosa de los Césares, tomaba posesión de un pueblo que, dividido en fracciones independientes y hostiles, antes de que su nacionalidad se perdiera en el gigantesco Imperio de Roma había vuelto á dividirse en tantas fracciones como Curias cuando el coloso, despedazado y exánime, retiró de él su manto de plomo, cuya irresistible presión le había dado una facticia unidad y una efímera coherencia.

La semejanza entre el pueblo conquistador y el pueblo conquistado explica de un modo satisfactorio la corriente magnética de mutuas simpatías que se estableció como por encanto entre vencedores y vencidos. Si á esto se añade que así el pueblo conquistador como el pueblo conquistado eran bastante numerosos para conservar intactas su nacionalidad y su existencia, no podrá extrañarse que la fusión de ambos pusiese un término á su lucha, que no podía terminarse con la preponderancia material del uno y con el exterminio completo del otro.

Pero si la semejanza entre el pueblo conquistador y el pueblo conquistado fué bastante poderosa para prevalecer sobre sus diferencias en los generosos instintos de las masas populares, las cosas no siguieron el mismo saludable rumbo en las

altas regiones de la Administración y del Gobierno. Entre la nación oficial y la nación verdadera; entre los Reyes godos, que gobernaban por medio de sus nobles y para sus nobles, y la sociedad que obedecía, se levanta un valladar eterno, una barrera insuperable. La Iglesia ortodoxa de España miraba como una horrible abominación el predominio oficial del arrianismo, que, siendo raquítico y débil, porque la sociedad le condenaba, aspiraba á ser, en medio de su debilidad, reaccionario; y engalanado con la púrpura Real, añadía al escándalo de su dominación el escándalo de su impudencia. Por otra parte, los Prelados de la Iglesia ortodoxa, que habían sido los verdaderos sucesores de todos los magistrados Imperiales, así políticos como civiles, y que habían crecido desmesuradamente en poder con la desmembración del Imperio, no podían mirar con ojos impasibles, con frente serena y con igualdad de ánimo, al pueblo advenedizo que les había arrebatado el cetro de la dominación, condenándolos á la obediencia y la ignominia.

Este antagonismo funesto, por una parte, entre la magistratura goda, considerada como un Poder nuevo que se impone, y el sacerdocio español, considerado como un Poder vencido que aspira á reconquistar su Imperio, y que resiste; y por otra, entre la misma magistratura como representante de una secta odiada, y el mismo sacerdocio como símbolo de la doctrina ortodoxa, pasto substancioso entonces de las creencias nacionales; este antagonismo, repito, entre ambiciones que se encuentran¹, entre fuerzas que invaden y que resisten, entre intereses que pugnan, entre dogmas que se condenan y entre principios que se excluyen, duró, con alternativas diversas por parte de los combatientes, por espacio de más de siglo y medio. En tan dilatado período la sociedad experimentó ásperas alteraciones y mudanzas, porque el Poder oficial no fué su legítimo representante, y no siéndolo, la idea de la insurrección halló acogi-

¹ Donoso se contradice á sí mismo dando el nombre de ambición al deseo de reconquistar un influjo que líneas antes declaró haber sido salvador y legítimo. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

da, como una cosa santa y legítima de suyo, en todos los corazones¹. Esta idea anárquica, disolvente, no sólo se introdujo en la ciudad política para sublevar al súbdito contra su Soberano, sino que se introdujo también en los hogares domésticos y disolvió, con menoscabo de la moral y las costumbres, los vínculos que ligaban en un orden jerárquico á todos los individuos de una misma familia.

Sin embargo, no era difícil prever cuál había de ser el término de esta lucha encarnizada y de este combate sin treguas. En los primeros tiempos después de la conquista, los godos, unidos por una fe común y por unos mismos intereses, pugnan por conservar el Poder en sus jefes naturales, y por tener á raya los ímpetus de los españoles subyugados, que combatían también en nombre de un dogma común, de unos mismos intereses y de unos mismos infortunios. Pero muy pronto, como he manifestado ya, se estrechó grandemente la distancia entre los dos pueblos rivales y entre las dos huestes enemigas. Los godos, puestos en contacto con los naturales del país, y expuestos al influjo del infatigable proselitismo de los Prelados ortodoxos, fueron incorporándose en las filas de los verdaderos creyentes, y comenzaron á mostrarse tibios en el mantenimiento del Poder que no habían conquistado para ellos, sino para infeudarle en una aristocracia aborrecida y turbulenta. El pueblo godo fué el primero que desertó de las filas de sus nobles y de sus Reyes; un instinto democrático le condujo al campamento enemigo, en donde ni había Reyes ni había nobles, sino una sola bandera que tremolaba al aire todo un pueblo. La cuestión entonces varió de naturaleza y de índole; porque, habiendo sido al principio una cuestión de *razas*, confundidas estas razas entre sí hasta cierto punto, se convirtió en una cuestión de *clases*. En la primera época de la lucha, la cuestión que entre los combatientes se ventilaba podía reducirse á

¹ Tampoco es esto exacto: la idea de la insurrección no puede nacer en almas cristianas, que saben, por tanto, lo que se debe á los superiores *etiam discitis*. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)